





**ARTE  
JONDO**

*Sólo tu corazón caliente,  
y nada más.*

Federico García Lorca

Escribir sobre Federico García Lorca nunca me ha resultado sencilla tarea. No así contarlo de viva voz, explicarlo o, simplemente, sentirlo; pero, traspasar la emoción a las palabras escritas e inmutables cuando la empresa es tan alta me provoca un nudo en la garganta o, acaso, en el alma.

Mientras comienzo este texto escucho de fondo la grabación que una editorial ha rescatado de canciones interpretadas por La Argentinita con Federico al piano. Sólo pensar que el sonido de ese instrumento de cuerda percutida que llega hasta mis oídos en la segunda década del siglo XXI lo ha provocado aquel al que tanto admiro, me suscita un eco de temblor interno, un latido acelerado. Más aún, al escuchar cómo, en uno de los temas, se intuye un tarareo del pianista. Han sido muchas las ocasiones en las que he vuelto a escuchar una y otra vez ese canturreo difuso. Siempre me he preguntado por la voz del poeta... Pero su voz son también

sus obras, todo lo que se exprimió siguiendo su propio instinto para sacar el jugo a cada instante de vida.

Federico era arte. Ya se lo dijo a sus padres en una de las cartas que les escribió desde la Residencia de Estudiantes allá por el año 1920: “Yo he nacido poeta y artista como el que nace cojo, como el que nace ciego, como el que nace guapo. Dejadme las alas en su sitio, que yo os respondo que volaré bien”. Y vaya si voló.

Desde que era un niño, Lorca acogió en su persona el estudio de la música de la mano de grandes maestros como Manuel de Falla, así como el interés por el cante jondo de su Granada natal. Porque, según su conferencia *Juego y teoría del duende*, “El duende es un no pensar, no es cuestión de facultad sino de estilo vivo. De creación en acto”. Y este “no pensar” le llevó a dejarse arrastrar por el ritmo, por la armonía, por las letras de esas canciones nacidas de lo más profundo del sentimiento de aquellos que las interpretaban, mientras él, ensimismado, observaba cómo los gitanos acariciaban las cuerdas de la guitarra de la misma manera que dejaban brotar *quejíos* en forma de letrillas rimadas en habitaciones blancas, en cuevas, en fondas.

No termina en la música el abanico de destrezas del escritor granadino. Datan de 1923 sus primeros dibujos. Bailaoras, payasos, marineros, muchachas, amigos... son algunos de los personajes que desfilan por sus creaciones pictóricas en busca del desahogo, de la metáfora, de un lenguaje que pretende decir mucho sin escribir nada, que quiere cifrar en el símbolo dibujado una frustración o un sentimiento cualquiera. El campo de la iconografía llevó a Federico, años más tarde, a ser creador de sus propias escenografías para las obras teatrales que escribía, al

diseño del vestuario y de la utilería necesaria en un escenario. Podríamos hacer uso de la conocida expresión quevedesca para decir que Federico era un Juan Palomo, en el sentido más positivo de la misma, por la autosuficiencia del granadino en todo lo referente a su producción artística.

Lo lógico, cuando alguien nos pregunta quién era Federico García Lorca, es ensalzarlo como poeta y dramaturgo, hablar de su pertenencia a la Generación del 27 o comentar su infancia en Granada o su posterior estancia en la ciudad que él eligió para desplegar sus alas: Madrid. De todos son conocidos sus viajes a Nueva York o a Buenos Aires o su trágica muerte en el contexto de la Guerra Civil Española.

Sin embargo, Federico era mucho más. Él fue la persona en la que las nueve musas decidieron depositar su arte. Si alguna vez la mitología tuvo razones para hacerse corpórea fue el 5 de junio de 1898. Calíope regaló a aquel niño el don de la elocuencia, Euterpe obsequió con la música a su espíritu, Melpómene y Talía le entregaron el teatro, Erato ofreció la poesía y, así, hasta nueve. Quiero pensar que, igual que en esos cuentos infantiles en los que unas hadas madrinas otorgan dones en el nacimiento, ocurriera igual en aquella casa de Fuente Vaqueros. Después, la vida hizo el resto. Porque, cuando tienes la capacidad de mirar más allá, de notar que se te eriza el vello ante una creación artística, cuando algo se mueve dentro de ti para expresarte tocando un instrumento, cantando, convirtiendo en verso aquello que se cruza en tu camino o transformando en texto teatral el drama de aquellos que no tienen voz, cuando todo eso ocurre, sólo hay una explicación: has nacido por y para el arte.

En el Barranco de Víznar (Granada), hay un monolito levantado en honor de Federico. Pasa desapercibido. No recuerdo que hubiera señalización alguna que condujese a su nombre en medio de aquel espacio desierto. Sólo he estado una vez en ese lugar. Quizá no tenga valor para volver. Quise perderme por los caminos que llevaban a ninguna parte y di con la piedra que lleva su nombre. Al fin y al cabo, pensé, pocas cosas hay más puras que una roca nacida de la tierra, inalterable y fuerte para sostener el peso de su muerte. Leí en voz alta el poema que Antonio Machado escribió sobre la muerte del poeta y sentí, como en una cascada inesperada, todo lo que he intentado aglutinar en estas líneas. En el barranco, quién sabe por qué, los árboles tocaban música, los trazos delgados de su lápiz podrían haber dibujado aquel escenario que un día fue drama y, pese a todo, sentí que la poesía tenía el poder de hacer aparecer, cual prestidigitador, al músico, al pintor de emociones, al poeta, a Federico.

Irene Cortés Arranz